

15 cuentos de
Europa

Françoise Rachmuhl



EDITEX

Título original:
15 contes d' Europe

Textos:
Françoise Rachmuhl

Ilustraciones:
Frédéric Sochard

Ilustración de cubierta:
Daniel Pudles

© De los textos y las ilustraciones
2005, Éditions Flammarion
87, quai, Panhard et Levassor
75647 Paris cedex 13

Traducción:
Ana Rivas Nussbaum

© De esta edición
Editorial Editex, S.A.
Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9771-638-3
Depósito Legal: M-7255-2010

Imprime:
Orymu
Ruiz de Alda 1 y 3. Polígono industrial de la estación
28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivarlos por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editorial Editex, S.A. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

	Prólogo	5
1.	La cerda lista	9
2.	El marido memo	17
3.	¡A Kintail, rápido!	23
4.	Askeladd y el troll	29
5.	El juez malvado	37
6.	Los tres nudos	43
7.	El guerrero valiente	51
8.	La Arapusca	61
9.	La vieja que vivía en una botella	67
10.	El cangrejo encantado	71
11.	El cuervo que se pinchó en una pata	79
12.	El soldado Tarabanov	83
13.	El rey Macip	93
14.	La niña con mala suerte	105
15.	Dragan el Bravo	111

Prólogo

Europa... Sin duda oiréis hablar mucho de ella a vuestro alrededor. Pero la Europa de la que se habla en las conversaciones y en los medios de comunicación no tiene nada que ver la que os ofrece este ramillete de cuentos. En esta recopilación, no están representados todos los países de la actual Comunidad Europea, mientras que otros, que no forman parte de ella, ocupan, por el contrario, un lugar de honor.

La Europa de la que trata este libro no es política ni económica. Es, a la vez, más extensa y más antigua. Los cuentos recogidos proceden de las fronteras de Asia, de Turquía y de Rusia, o bien de las islas brumosas que se encuentran al oeste del continente, del extremo norte de Escandinavia o de las orillas del Mediterráneo. En cuanto a su historia, si seguimos sus rastros más antiguos, se remonta a los primeros tiempos de la Humanidad. Pues a los hombres siempre les ha gustado contar historias.

Antiguamente, las contaban por la noche, durante la velada. Se las habían transmitido sus abuelos. De vez en cuando añadían detalles de su invención. A veces un extranjero que estaba presente decía: «Conozco esta historia, pero no es exactamente igual...» y tomaba la palabra. De este modo se tejían vínculos de un país de Europa a otro, a capricho de los viajes y las guerras, y los cuentos pasaban de boca en boca, siempre reconocibles pero siempre diferentes.



Seguramente habréis oído la historia de los tres cerditos, la del memo que todo lo entiende al revés, la de la mujer que siempre está pidiendo más o la de Juan Oso, tan fuerte y valiente, que baja al mundo subterráneo para luchar contra monstruos y liberar princesas... Pues bien, encontraréis en este libro todas estas historias. Las reconoceréis, aunque estén vestidas con ropas nuevas, y descubriréis muchas otras.

Ahora ya no hay veladas junto al fuego y la mayoría de los cuentos se habrían perdido, si algunas personas sabias no los hubieran recopilado y transcrito en libros, a finales del siglo XIX o principios del XX. De estas obras es de las que he sacado el material para este libro. He rebuscado en bibliotecas, en librerías de nuevo y de viejo, en Francia y en el extranjero, durante mis viajes.

Los criterios determinantes para elegir, han sido la calidad, variedad y originalidad. He conservado los rasgos característicos de cada país: el troll noruego habita en la montaña, al borde de un lago; en Estonia, país de marinos, la escena sucede sobre el agua y bajo ella; en Inglaterra la vieja encerrada en la botella sueña con una casita de campo de ladrillo típicamente británica.

Para adaptar estos relatos sin quitarles el interés, no he suavizado sus aspectos rudos, violentos o crueles, ni tampoco, en algunos de ellos, su aspecto moralizador. He intentado transmitir la fantasía, los detalles estrafalarios o cómicos, la atmósfera de extrañeza, la poesía, y conservar el ritmo, el tono, las frases hechas, las cantinelas... todo lo que da sabor al texto original.

Si bien proceden de tradiciones diferentes, estos cuentos presentan puntos en común. En el país de las maravillas, los animales hablan, el tres y el siete son cifras mágicas, los ogros, los dragones, las brujas y las hadas pueden aparecer en cualquier



momento, los héroes superan pruebas, los buenos son recompensados y los malos, castigados.

La acción no se desarrolla únicamente en la tierra, sino en todo el Universo. Los astros del cielo, las profundidades del mar o las grutas del mundo subterráneo no son simples decorados. Representan fuerzas naturales terribles, siempre listas para desencadenar catástrofes, recuerdo de los primeros tiempos, cuando el hombre no sabía protegerse del fuego, del frío o del trueno.

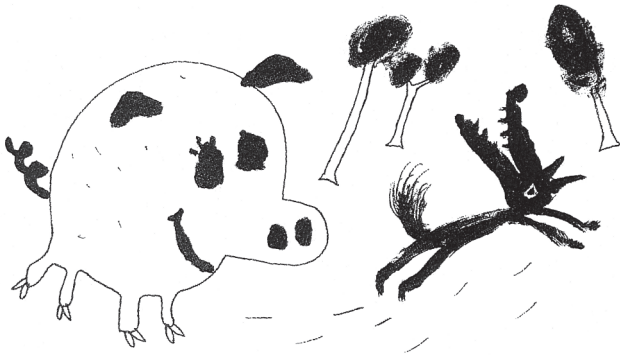
Así pues, el contador de cuentos os invita a seguirle, por los caminos de Europa, tan pronto aterradores como apacibles, pero siempre atractivos. Ahora, debéis decidir si queréis lanzaros a la aventura...



1

La cerda lista

FRANCIA



Este es un cuento cargado de malicia, recogido a finales del siglo pasado, entre Poitiers y Limoges, de la boca de un campesino que se expresaba en el dialecto «patois». Adaptado al francés moderno, esta historia de animales que buscan la salvación en el bosque y se encuentran con el lobo seguro que os recordará a otra...

Érase una vez, en una granja de Poitou, una cerda lista. Lo que le gustaba por encima de todo era vagabundear a la orilla del arroyo, donde las mujeres lavaban la ropa. Allí, la hierba era más espesa y cuando las lavanderas habían terminado su almuerzo, la cerda encontraba siempre algunos restos.



Un día que estaba paseando por allí, vio venir al ganso, zigzagueando entre la hierba, con aire asustado.

—¿Qué te sucede, buen ganso?

—Ay, pobrecita cerda, si tú supieras... Me estaba dando un baño mientras escuchaba charlar a las mujeres. Y adivina lo que decían... «Yo», decía la primera, «ya sé lo que voy a comer en la comida de Carnaval. Mi gallo está gordo, bien prieto, será perfecto». «Yo», decía la segunda, «he pensado en mi cerda. Sus lechones ya están crecitos y ella está bien regordeta». «Yo», decía la tercera, «mataré a mi ganso». Entonces, he puesto pies en polvorosa y aquí estoy... ¿qué podemos hacer?

—Qué podemos hacer... No hay ni un minuto que perder. Ve a avisar al gallo, dile que reúna a sus pollitos. Ve a buscar a tus hijos y yo iré a por los míos. Nos reuniremos en el lindero del bosque.

Todos se encontraron en el lindero del bosque y se adentraron entre los árboles. La cerda caminaba a la cabeza, a buen paso. La seguía el gallo, y luego el ganso. Al cabo de un rato el ganso, sin aliento, rodeado de sus agotados pequeños, dijo:

—Ay, querida cerda... no puedo más, y mis hijos tampoco. No iremos más lejos.

—Bien —dijo la cerda deteniéndose—. Ayúdame a cortar ramas y os construiré una cabaña.

Dicho y hecho, y la cerda siguió su camino con el gallo. Pero pronto el gallo dijo con tono apagado:

—Ay, querida cerda... no puedo más, y mis pollitos tampoco. No iré más lejos.

—Bien —dijo la cerda—. Ayúdame a cortar ramas y os construiré una cabaña.

Así lo hizo y, a continuación, siguió su camino con sus cerditos. Un poco más tarde, ella también se sintió cansada.



Se detuvo, cortó unas ramas, recogió tierra y musgo, y se construyó una cabaña de paredes sólidas. No bien acababa de terminarla, que el lobo, que salía de su siesta, decidió hacer un poco de ejercicio por el bosque. Se fijó en las tres cabañas y se dirigió directamente a la del ganso. ¡Qué bien olían las aves! Ya sonreía arrugando el morro, pero adoptó una voz quejumbrosa para hablar.

—Quienquiera que haya en el interior de la cabaña, ábreme. Estoy helado. Hace frío aquí fuera.

—¿Que te abra? —contestó el ganso—. Ni pensarlo... Nos comerías a mí y a mis pequeños.

—Ah, es el ganso... Ganso, si no me abres, toseré, soplaré y empujaré, tus paredes se hundirán y a ti y a tus gansitos devoraré.

—¡No te abriré, bestia malvada!

Entonces, la bestia malvada hizo lo que había dicho.

*Tose que te tose, sopla que te sopla,
sobre la cabaña el lobo se arroja.
Empuja que empuja, aprieta que aprieta,
la cabaña cruje, todo se derrumba.
El ganso y sus hijos, se van a la tumba.*

Del ganso y los gansitos no quedaron más que unas cuantas plumas. El lobo se marchó silbando, con la barriga medio llena y las manos en los bolsillos, a la segunda cabaña, la del gallo. Y aquí, la misma cantinela:

—Tengo frío, mucho frío, ábreme.

—No te abriré, bestia malvada. ¡Haz lo que quieras!
Y la bestia malvada hizo lo que quería.

*Tose que te tose, sopla que te sopla,
sobre la cabaña, el lobo se arroja.*



*Empuja que empuja, aprieta que aprieta,
la cabaña cruje, todo se derrumba.
El gallo y sus hijos, se van a la tumba.*

Del gallo y los pollitos, el lobo no dejó más que unas plumas. Por último, se dirigió a la cabaña de la cerda.

—Cerda, querida cerda, a quien oigo gruñir de contento con tus cerditos, dentro de tu cabaña... Tengo frío, tanto frío, estoy temblando... Ábreme.

—¿Que te abra? ¡Gracias, no! Para que nos comas a mis pequeños y a mí.

—Si no abres, toseré, soplaré, empujaré, tu casa se derrumbará e iréis a parar a mi estómago.

—Pues muy bien, tose, sopla y empuja, bestia malvada. No te abriré.

La bestia malvada escaló las paredes de la cabaña.

*Tose que te tose, sopla que te sopla,
sobre la cabaña, el lobo se arroja.
Empuja que empuja, aprieta que aprieta,
pero nada mueve, nada se derrumba.
El lobo se enfada, de rabia se enciende.
De nada le sirve. ¡Y no lo comprende!
La cerda y sus hijos a salvo se sienten.*

La cerda y sus pequeños estaban a salvo por el momento, pero el lobo no se daba por vencido. Al día siguiente, volvió. Su discurso había cambiado.

—Cerda, querida cerda, ¿sabes que en el lindero del bosque hay un vergel lleno de manzanas? Están todas rojas y nadie las recoge. ¿Y si fuéramos juntos?

—De acuerdo, compadre. Nos encontraremos bajo la gran encina, esta tarde a las tres.



A mediodía, la cerda salió de su cabaña sin hacer ruido, cargada con las cestas. Miró a derecha e izquierda, el lobo no estaba a la vista. Corrió hasta el vergel, recogió tantas manzanas como pudo y regresó a su cabaña. Sus cerditos y ella se las comieron, y echaron fuera los corazones: formaban un buen montón. A las cuatro, llegó el lobo.

—Y bien, comadre, ¿qué ha sucedido? ¿No has ido al vergel?

—¿Cómo que no he ido? Mira el montón de corazones. ¡Qué buenas estaban las manzanas! El que no has acudido a la cita has sido tú, querido lobo.

Sin embargo, el lobo volvió a la mañana siguiente.

—Conozco una viña —le dijo a la cerda a través de la puerta—, que está en el lindero del bosque. Está llena de uvas maduras, bien negras. ¿Y si fuésemos juntos, antes que los vendimiadores?

—De acuerdo, compadre. ¿Esta tarde a las dos, bajo la gran encina?

—Bajo la gran encina, de acuerdo.

Apenas el lobo se hubo marchado, la cerda cogió rápidamente sus cestas, se deslizó entre los árboles hasta llegar a la viña, recogió las uvas, volvió a su cabaña, se las comió con sus cerditos y echó fuera los tallos y las pepitas: formaban un buen montón. A las tres, el lobo llamó a la puerta.

—Cerde, querida cerda, ¿estás ahí? ¿Qué ha pasado otra vez? No te he visto... ¿No has venido?

—¿Cómo que no he ido? Por supuesto que sí. Si no me crees, mira delante de ti el montón de desperdicios... ¡Qué buenas estaban las uvas! Es tú quien no ha acudido a la cita, querido lobo.

El lobo se marchó, con la cabeza gacha y la cara sombría. Decididamente esta cerda era demasiado lista para él. Sin embargo, volvió a intentarlo al día siguiente.



—Cerde, querida cerde, ¿qué estás preparando para cenar? Veo humo salir de tu tejado... Si quieres, ábreme, ¡tengo tanta hambre y tanto frío!

—Bueno, pero solamente por esta vez... Entra y pórtate bien, y mantente alejado de mis cerditos.

Y la cerde dejó entrar al lobo. Había puesto a hervir sobre el fuego un gran puchero lleno de agua. Iba y venía por la cabaña, haciendo las camas y barriendo el suelo. Sus pequeños jugaban en un rincón. El lobo permanecía inmóvil, pero no podía evitar echar miradas a los cerditos, con su carne tierna y su colita temblorosa. Murmuró entre dientes:

*«Una cola en sacacorchos
¡qué bien sabe!
cocinada con romero y hierbabuena.»*

—¡Mamá, mamá! —llamó uno de los cerditos—, el lobo está hablando de una colita en forma de sacacorchos que sabe bien cocinada con romero y hierbabuena.

—¿Es eso cierto, compadre lobo?

—Por supuesto que no... Lo que estaba diciendo era:

*«Una copa me emborracha.
¡Qué bien sabe...!
¡Otra dame, tabernero!
Está muy buena.»*

—Ah, vaya... pues no son cosas que deban decirse delante de los niños. ¿No te da vergüenza?

El lobo se quedó tranquilo un rato, y luego volvió a murmurar:



«Una cola en sacacorchos
¡qué bien sabe!
Cocinada...»

—Mamá, mamá —llamó uno de los cerditos—, el lobo está hablando otra vez de colitas en forma de sacacorchos.

—En absoluto —protestó el lobo—, hablo... hablo del caldo que hierve en el puchero.

Y era cierto que el agua del puchero hervía a todo hervir.

—Hay demasiado vapor —dijo la cerda—. Voy a abrir la puerta.

Salió pero entró enseguida y se volvió hacia el lobo, con aire espantado.

—Ay, pobrecito lobo... ¿No oyes nada? ¿No? Debes ser un poco duro de oído. Si supieras lo que se acerca, derecho hacia mi cabaña... Cazadores, perros, guardias, armando mucho alboroto y gritando: ¡Al lobo! ¡Al lobo!

—Ay no... no... ¿Dónde me escondo? Querida cerda, sálvame, te lo ruego.

—¿Dónde? Tengo una idea. Métete ahí dentro. Es un baúl de mimbre. Cerraré la tapa y nadie te encontrará.

El lobo obedeció temblando. La cerda tomó el puchero, se acercó al baúl y vertió por encima el agua hirviendo.

—¡Ay! ¡Ay!

El lobo huyó dando aullidos, para nunca más volver. Entonces, la cerda se subió a su tejado y cantó:

*¡Vete lejos, lobo malo, que querías devorarnos!
¡Lobo memo, lobo tonto! ¡Muestra a todos tu semblante
con ampollas de agua hirviendo!
¡Vete lejos, gran tunante!*

